

Elementos para un replantamiento estratégico de Estados Unidos

Inmanuel Wallerstein

***D**esde finales de los años sesenta se ha venido evidenciando el deterioro de la hegemonía global norteamericana, al punto que hoy por hoy resulta axiomático que su posición directiva a nivel internacional ya sólo se puede entender en términos de multipolaridad, dada la aparición de nuevas potencias tipo Japón y Alemania. Sin embargo, esta constatación no se ha visto acompañada de un rediseño estratégico que recoja la nueva situación y le permita a Estados Unidos ordenar su conducta de conformidad (los paradigmas seguidos por Nixon, Ford y Carter —el repliegue retórico— y por Reagan y Bush —el endurecimiento—, pasaron por alto la realidad y se orientaron hacia lo imposible: mantener la hegemonía norteamericana, entendida en términos de unipolaridad). Así pues, Bill Clinton se encuentra en un "punto de giro" en materia política exterior, debiendo apuntar hacia objetivos concretos que aseguren el fortalecimiento de largo plazo. Para ello, en opinión de Wallerstein, debe llegar a acuerdos con tres países claves: Japón, China y Francia¹.*



CÓN LA DESAPARICIÓN DEL CONFLICTO Este-Oeste se ha venido experimentando una agudización de las tensiones en el desarrollo de las relaciones Norte-Sur, fenómeno derivado, entre otras cosas, de la trama de intereses divergentes en que se fundamentan. En tales condiciones, las cuestiones Oeste-

Oeste tienden a consolidarse como las que cuentan con un mayor poder de seducción para la política exterior de Estados Unidos, incluso mucho más de lo que pudieron serlo a comienzos de los años ochenta, sin que pueda decirse que la política exterior de la era Reagan-Bush haya avanzado más

1 TRIMESTRE 1994

en esa dirección que la del período Nixon-Ford-Carter. Por su parte, el presidente Clinton ha prometido revitalizar la producción norteamericana y garantizar una base social más amplia para el ingreso individual a través de medidas como la reforma del sistema nacional de salud. Su éxito dependerá, más que de lo que él lo ha reconocido públicamente, del curso que tome la política exterior norteamericana con respecto a las relaciones Oeste-Oeste.

El problema es absurdamente simple: Estados Unidos es menos fuerte —mucho menos fuerte, tanto desde el punto de vista económico como político y cultural— de lo que era en los años sesenta. Por su parte, Europa y Japón han llegado a ser, mientras tanto, relativamente más fuertes.

Y no es cosa que resulte extraña. El poder cambia por razones estructurales y no por errores políticos. Un factor estructural es, por ejemplo, la ventaja que tienen los "recién llegados". Después de 1945 Europa Occidental y Japón habían sido sobrepasados por la fortaleza industrial de Norteamérica, la cual había quedado consolidada con la guerra. En tales condiciones, ser un "recién llegado" en un panorama de expansión económica mundial como el posterior a 1945, suponía un salto productivo de importancia, dados, por ejemplo, los bienes de producción más modernos y la

fuerza de trabajo especializada relativamente más barata de los que se disponía.

Un segundo factor estructural es el costo que envuelve sobrellevar el liderazgo mundial. La hegemonía norteamericana ha supuesto un intenso esfuerzo económico: desde 1945 los gastos gubernamentales se incrementaron en todos los órdenes. Estados Unidos invirtió en un costoso programa de desarrollo armamentista y en el mantenimiento de un igualmente oneroso establecimiento militar de escala global. Y ha pagado un alto precio por su involucramiento en los conflictos militares de la guerra fría, tanto directa como indirectamente, comenzando por la Guerra de Vietnam. De otra parte, los costos del apoyo brindado a los aliados —en los que Alemania y Japón están a la cabeza— han sido especialmente elevados.

Ahora bien, el mantenimiento de la unidad interna de cara a estos esfuerzos anejos a la hegemonía global sólo pudo lograrse al precio de una participación en el "reparto de la tarta". Como se ha echado de ver por diversos analistas, entre 1945 y 1970 hubo en Estados Unidos un aumento significativo y en efecto sucedió, los sindicatos brindaron su apoyo garantizando que no habría huelgas, fue a cambio de salarios más altos. Igualmente, el llamado sector de

empleados medios con funciones directivas* amplió sus expectativas de ingresos elevando los costos de funcionamiento de las empresas (tendencia acusada incluso en el período 1970-90, lapso en el que los sindicatos mantuvieron una política de moderación salarial).

De hecho, de acuerdo con la Organización Internacional del Trabajo, para 1990 la proporción que los empleos administrativos y de dirección abarcaba en el total del empleo era tres veces más alta en Estados Unidos que en Alemania, Japón o Suiza, proporción que se duplicó a lo largo del período 1970-1990. Al mismo tiempo, también se presentó un desplazamiento desde el sector de profesionales independientes —abogados, psicólogos, corredores de bolsa, etcétera— hacia la burocracia. El panorama resultante indica, pues, que, directa e indirectamente, los costos de producción se elevaron mucho más en Estados Unidos que en Europa Occidental y Japón, donde el fenómeno fue mucho más lento. Esos costos pueden llegar a ser controlados, pero el proceso puede tomar hasta dos décadas.

Las disparidades en el crecimiento productivo entre Estados Unidos, por una parte, y Europa Occidental y Japón, por la otra, se incrementaron de manera sostenida entre 1970 y la década pasada, reduciendo la capacidad norteamericana para hacer frente a

las vicisitudes de la economía mundial. La larga fase de contracción económica global que fue teorizada por el economista ruso N.D. Kondratieff, afectó más a Estados Unidos que a sus aliados occidentales. Caracterizada por una reducción global de los beneficios, por la crisis fiscal de las economías nacionales y por el incremento de las tasas de desempleo, esa fase viene extendiéndose desde alrededor de 1970, contrastando notablemente con la etapa de expansión de posguerra, la cual podemos caracterizar como la de mayor incremento en los niveles de ganancia y bienestar en la historia moderna.

Ha habido tres razones por las cuales Estados Unidos ha sido incapaz de vérselas competidamente con las disparidades existentes en la relación Oeste-Oeste arriba reseñada: los intereses enquistados del sector de empleados medios de dirección (y sus apéndices profesionales); la creencia muy extendida entre la opinión pública de que Estados Unidos nunca sería desplazado de su lugar como "rey de la montaña"; y la existencia, durante mucho tiempo, de la Unión Soviética.

Las determinaciones que estos factores impusieron sobre el gobierno norteamericano son cosa bien sabida. Por ejemplo, hablar de "intereses enquistados" es tema corriente en el lenguaje político

11 Foreign Policy, N° 90, 1993

*1 Middle management sector, en el original en inglés.

estadounidense. La responsabilidad política por el enorme déficit fiscal no la tienen las madres solteras protegidas por el Estado de Bienestar, sino todos aquellos que se beneficiaron de ciertas prácticas y políticas gubernamentales, tales como el sobrecosto en los contratos de defensa y las exenciones de impuestos introducidas por Reagan; y entre ellos, por supuesto, el sector de empleados medios de dirección y los profesionales que medran a su alrededor ocupan un lugar prominente. Esto contribuye a explicar por qué no ha sido posible, pues, detener el desangre presupuestal y por qué todavía no lo será en el corto plazo. Si por el contrario se piensa que el problema ha estado en cobrar impuestos y gastar o en pedir prestado y gastar, los efectos sobre la competitividad norteamericana han sido los mismos.

La resistencia a reconocer la decadencia estadounidense ha sido total, lo cual resulta comprensible dada la profundidad que ha tenido la mitología erigida por la opinión norteamericana en torno a la prosperidad de su país. Y en efecto, las primeras décadas de la posguerra fueron la realización de esa promesa, lo cual reafirmó el mito en cuestión e hizo pensar a esa opinión pública que vivía en el

paraíso. Por eso no deja de ser un sacrilegio rendirse a la evidencia de que aquéllo ha llegado a su fin.

La Unión Soviética, por supuesto, servía para justificarlo todo. Estados Unidos era el líder necesario de un mundo libre involucrado en una guerra a muerte con el "Imperio del mal". Reagan ha sido satirizado por utilizar esa frase, pero él sólo expresaba un sentimiento profundo y extendido. Quizá aún es muy temprano para mirar las cosas desapasionadamente, pero mientras la Unión Soviética hubiera existido Estados Unidos no habría abandonado su rol global ni, por lo demás, Europa y Japón habrían estado listos para ello. En tales condiciones, Estados Unidos no podía tomar todas las providencias necesarias para asumir posiciones coherentes y realistas respecto de sus aliados.

Así pues, a despecho del declinamiento objetivo de su poderío en los años sesenta y setenta, Estados Unidos trató de mantener —apelando a todos los mecanismos posibles— su hegemonía. Sin embargo las dificultades a encarar eran reales, y por eso los gobiernos norteamericanos se vieron ante la necesidad de desarrollar diversas tácticas para contener, si no el declive, al menos sí su apariencia,

continuado por George Bush. Los dos fueron errores históricos, pues trajeron alivio temporal pero al precio de empeorar la problemática fundamental.

Lo esencial de la estrategia de Nixon fue un *repliegue retórico*. Nixon fue el primero en anunciar a sus conciudadanos que el mundo bipolar había llegado a su fin dejando su lugar a una estructura multipolar. Así pues, no deja de resultar paradójico que Nixon, quien había potenciado su carrera política sobre la base de una dura retórica anticomunista, fundara su reputación de estadista en un discurso sobre la necesidad del *repliegue* estratégico.

El hizo todas las cosas que hubieran sido imposibles, seguramente, para un presidente demócrata: se retiró de Vietnam, proclamó la distensión conjuntamente con el dirigente soviético Leonid Breznev y se reunió con Mao Tse-Tung. En una palabra, condujo a Estados Unidos en la década posterior al síndrome de Vietnam y lo hizo de una manera que resultó más coherente de lo que la mayoría de la gente creyó. En lo referente a las cuestiones claves —las relaciones con Europa Occidental y Japón— el concepto axial fue el trilateralismo: relacionarse con ellos de manera que pareciera como si estuvieran participando realmente en el proceso de toma de decisiones de escala mundial, para que así aceptaran de buen grado el liderazgo norteamericano. El objetivo fue conseguir que Europa

Occidental y Japón no procedieran a desarrollar todas las potencialidades de su creciente fortalecimiento, persuadiéndolos de que tenían que aceptar la hegemonía de Estados Unidos como única posibilidad de disponer de un escudo protector frente a la Unión Soviética.

El trilateralismo funcionó sobre todo en un punto: Europa Occidental y Japón silenciaron sus demandas, o, por lo menos, las reservaron para mejor oportunidad. Las instituciones trilaterales —o más precisamente, las Cumbres del Grupo de los Siete— se constituyeron, en buena medida, a partir del aporte del presidente francés Valéry Giscard d'Estaing. Pero desde entonces, como en otros tantos episodios de la estrategia del *repliegue retórico*, Estados Unidos ha preservado su hegemonía a despecho de su debilidad estructural, en virtud de una política exterior en donde hace concesiones con la mano izquierda mientras simultáneamente las escamotea con la derecha.

Cuando Carter llegó al poder continuó adelante con la misma fórmula trilateralista, pero agregándole una retórica de defensa de los derechos humanos, la cual, dada su rectitud, fue menos cínica que la de su antecesor. Sin embargo, la mezcla fue explosiva. Breznev violó las reglas de juego de la guerra fría en Afganistán, aunque la acción no constituyera en la realidad una amenaza demasiado seria pues, con ello, según lo vemos ahora, la Unión Soviética se

Trabajos de remiendo

HEMOS VIVIDO EN MEDIO DE DOS planteamientos tácticos: el desarrollado por Richard Nixon y

continuado en lo esencial por Gerald Ford y Jimmy Carter, y el desarrollado por Ronald Reagan y

estaba patiendo en su propio pie. Situaciones más explosivas se evidenciaron en el sur. En Irán, Carter permitió el desmoronamiento del Sha confiando en una transición moderada; una vana esperanza dada la posterior hiperestesia de las tensiones. Carter se enfrentó con el Ayatollah Khomeini, quien tenía su propio sentido de la rectitud y quien estaba determinado a probar la debilidad de su tigre de papel, el imperio del mal, el *Gran Satán* norteamericano. Estados Unidos tropezó, Carter cayó y la táctica de Nixon quedó hecha jirones.

Buscando posponer el declive, pero sin la voluntad de hacer cambios reales, la política de Nixon-Ford-Carter condujo a una derrota geocultural y Estados Unidos fue humillado de una manera aún más dolorosa que en Vietnam, pues allí al menos había luchado: helicópteros estrellados en el desierto, documentos de la CIA destruidos, diplomáticos hechos prisioneros, y mientras tanto —permítaseme recordarlo— envíos secretos de armas norteamericanas a los dirigentes iraníes de manera ininterrumpida a todo lo largo de los años 80.

Con la llegada de Reagan aparece en escena un segundo planteamiento estratégico. Su enfoque fue bastante opuesto al de Nixon; para él el problema no residía en el declive norteamericano sino en el amago de repliegue. Su respuesta fue una mezcla de fanfarronada retórica y keynesianismo militar que produjo al

mismo tiempo una recuperación económica de corto plazo y una intimidación de la comunidad internacional.

A su manera, la estrategia “dura” de Reagan funcionó: Europa y Japón, aunque experimentando una creciente reticencia, continuaron a la espera de alcanzar mejores posicionamientos desde el punto de vista de la correlación de fuerzas; y el Tercer Mundo, con economías colapsadas en su gran mayoría, permitía alejar los fantasmas de Vietnam y Cuba por el momento. Pero desde el mismo instante en que la voluntad de poder de Estados Unidos comenzó a experimentar el declinamiento descrito, el resultado, independientemente de las acciones que se tomaran, no podía ser sino el estancamiento. Uno puede considerar el bombardeo de Libia y la invasión de Granada como palmarias demostraciones de dureza. Pero la verdadera medida de las limitaciones norteamericanas se evidenció tanto en la retirada de Reagan del Líbano, cuando 241 marines fueron asesinados, como en el hecho de que nunca se atrevió a invadir Nicaragua a despecho de sus deseos.

¿Logró Reagan intimidar a la Unión Soviética? Todo parece indicar que en muy escasa medida. El fenómeno Gorbachov, por ejemplo, fue una respuesta puramente interna al deterioro de la situación antes que una consecuencia de la presión norteamericana; en otros términos, fue un intento de mantener a la Unión Soviética y al

Partido Comunista a salvo del naufragio.

Aunque el colapso comunista fue un alivio para todos los países pertenecientes al Bloque Soviético, supuso un golpe muy duro para la estrategia puesta en ejecución por Reagan y Bush. Ellos apuntaban a ejercer una presión en crescendo, pero no esperaban un derrumbe de esas proporciones, como lo evidencia el desconcierto de Bush cuando la situación se consumó. Su plan se orientaba a alinearse con Europa y Japón constituyendo un frente duro contra la amenaza soviética. Sin esa amenaza, Estados Unidos no tenía ya medios para cooptar a sus aliados —los que por veinte años habían sido en los hechos sus rivales— en beneficio de sus intereses hegemónicos.

En este contexto de desmoronamiento aparece la invasión de Irak a Kuwait, la cual, lejos de ser una victoria geopolítica de Estados Unidos, fue el último “arañazo” antes de la defunción de la *estrategia de endurecimiento*. La coalición norteamericana derrotó el militarismo iraquí —en una espectacular realización televisiva— pero dos cosas quedaron claras para la comunidad internacional.

La primera, que Sadam Hussein se atrevió a lanzar un desafío. Por primera vez desde

1945 un país provocó militarmente a Estados Unidos, pues no cualquiera se encara de igual a igual con un poder hegemónico. Corea del Norte no pensó que Estados Unidos entraría a una guerra en la Península de Corea. Cuba, Irán, Libia y Vietnam habían luchado con Estados Unidos, pero todos ellos vieron la manera de mantenerse a salvo, sin llegar a entrar en un conflicto militar con la potencia. Y ésto fue precisamente lo que hizo Irak, poniendo en evidencia el deterioro de la hegemonía norteamericana y su transición a ser apenas un gigante militar.

Y la segunda, que aunque Estados Unidos se mantenía como un gigante de mucho peso, capaz de sancionar duramente a Hussein, en cambio no sufraba los costos de su acción; esa cuenta la pagaron Alemania, Japón, Kuwait y Arabia Saudita. Nadie dejó de recibir el mensaje: el legado del keynesianismo militar reaganiano se traducía en que Estados Unidos se presentaba a sí mismo como un mercenario autoimpuesto, presionando las políticas de las Naciones Unidas y pidiéndole a otros que pagaran por él. En el largo plazo esa posición podría constituirse en una humillación mayor que la sufrida en el caso de los rehenes de Teherán.

El fin de la hegemonía

CLINTON SE ENCUENTRA EN UN PUNTO de giro de la política

exterior parecido al que tuvo que enfrentar Franklin Roosevelt en

1933. En efecto, Roosevelt también fue elegido por su énfasis en las cuestiones domésticas. Pero, sin embargo, la política exterior llegó a dominar no sólo su presidencia sino su herencia histórica.

Roosevelt tuvo que persuadir con mucho tacto y sutileza a los norteamericanos para que abandonaran su histórico aislacionismo y comenzaran a asumir sus "responsabilidades" globales. Ahora Clinton debe persuadirlos con mucho tacto y sutileza de que los impetuosos días de la hegemonía se han ido para nunca volver.

Estados Unidos debe aceptar que ya sólo es uno de los diversos grandes poderes existentes en un mundo caótico, cuyo desorden amenaza con incrementarse considerablemente en el próximo siglo. Al igual que en el contexto doméstico, ningún presidente norteamericano puede realizar milagros en la política internacional, aunque eso no quiere decir que carezca de margen de maniobra o que sea totalmente impotente.

Clinton debe dejar a un lado propuestas estratégicas que, como las de Nixon y Reagan, se orientaban a hacer lo imposible (mantener la hegemonía norteamericana), sustituyéndolas por una política exterior funcional que apunte a la realización de los intereses estadounidenses en la forma en que otros grandes poderes lo hacen: fijando objetivos específicos que sean consonantes con un fortalecimiento de largo plazo. Clinton debería enfocarse, no en la perspectiva de

los repliegues o los endurecimientos retóricos, sino en la de un discurso verdaderamente ajustado a la realidad.

Hecho eso, Estados Unidos debe llegar a acuerdos con tres países: Japón, China y Francia. Ese es el camino que le permitirá resolver sus diferencias con terceras potencias de una manera más expedita. Caso contrario, las dificultades para alcanzar la reconversión económica serán mayores: se generarán repercusiones en el contexto doméstico y los recursos deberán desviarse hacia otros frentes, todo lo cual representaría el fracaso de la ya de por sí necesaria transición.

Por el momento Japón da signos de querer liderar la cuestión económica. Durante los próximos cinco años de recesión económica global, el primer objetivo de los gobiernos será atenuar los consiguientes costos sociales, para lo cual el presupuesto estatal japonés tiene una base más sólida que la de sus competidores. Y durante los próximos veinticinco años de expansión económica global — muy factible dada la potencialidad de las nuevas y poco monopolísticas empresas de punta — el primer desafío de cada uno de los grandes superpoderes económicos será crear las condiciones que les permita llegar a ser el eje de la acumulación de capital de escala global. En ese sentido hay que observar cómo a lo largo de los años ochenta Japón estuvo a la vanguardia de la introducción de

innovaciones en las que serán las industrias punta del futuro.

A lo largo de los últimos diez años Estados Unidos ha tratado de persuadir a los japoneses para hacer cosas que no están en la escala de sus prioridades. Tanto entonces como al presente, ellos se han negado a acceder. ¿Por qué habrían de hacerlo ahora? Sin embargo, los líderes japoneses no parecen haber encarado aún el hecho de que Estados Unidos tiene tanto — si no más — que perder a la hora de tomar medidas retaliatorias pues necesita el capital japonés mucho más de lo que Japón necesita el mercado norteamericano.

Estados Unidos tiene que hacer un cambio de rumbo. Las empresas norteamericanas y japonesas deberían poder moverse en la dirección en que lo señalen sus necesidades mercantiles, orientándose hacia una asociación estrecha que mantenga y, lo que es más, aumente los niveles de empleo en los dos países. Esto debemos entenderlo como un matrimonio no por amor sino por conveniencia. Por supuesto, en este tipo de vínculos los términos del contrato deben ser explicitados.

¿Qué tienen que ofrecer los japoneses cara a un arreglo semejante? No abandonar a Estados Unidos, primero que todo. En la competición tripolar que se perfilará en los comienzos del siglo XXI (entre Estados Unidos, Europa Occidental y Japón), Estados Unidos corre el riesgo de quedar en tercer lugar.

En las últimas dos décadas los

japoneses han demostrado una gran capacidad para aplicar los avances tecnológicos a la producción eficiente de mercancías. Por supuesto, lo más seguro es que continúen haciéndolo cada vez mejor — y mejor, además, que Estados Unidos, dadas las deficiencias gerenciales que agobian a este último. Si el gobierno norteamericano deja de alimentar las tensiones que hoy por hoy mantiene con Japón en el área comercial, entonces las empresas estadounidenses podrían llegar a acuerdos con los japoneses por cuenta propia. En tal caso, ellos responderían positivamente, pues desean, por una parte, conservar el acceso al mercado norteamericano (máxime cuando está en trance de ampliarse en el marco del Nafta) y, por la otra, incrementar su influencia sobre Europa.

Sin embargo, el gobierno norteamericano debe hacer bastante más que limitarse a dejar libre el camino. En ese sentido es necesario preguntarse por las razones que tendría Japón para mantener nexos estrechos con Estados Unidos más allá del ya mencionado acceso a su mercado. La respuesta está vinculada a dos factores en trance de desenvolvimiento en los próximos treinta años. El primero es la capacidad militar japonesa, pues dada la historia reciente, con sus consecuencias tanto para la situación asiática como para su propia política interna, el desarrollo militar japonés ha sido lento. Por supuesto, Japón no encara muchas amenazas militares por el momento. Pero

hasta que no se alcance la reunificación coreana, aquél estará preocupado, de una u otra forma, por la volatilidad de la península; e incluso, lo que es más, la propia reunificación podría traer consigo nuevos motivos de perturbación. Como sea, Japón seguirá interesado en que Estados Unidos mantenga algún tipo de garantías militares en la región.

El segundo factor en trance de desenvolvimiento es que Japón necesita acceso a la infraestructura de investigación y desarrollo de Estados Unidos, pues éste aún mantiene un claro liderazgo en materia de organización científica, y probablemente lo seguirá manteniendo por algún tiempo a juzgar por las tendencias que se perfilan. Infortunadamente, dicha infraestructura fue directa y negativamente afectada por la política de keynesianismo militar puesta en ejecución por Ronald Reagan. Simplemente no es verdad que la inversión en proyectos como la *Iniciativa de Defensa Estratégica* produjeran una directa y positiva influencia en el desarrollo de la tecnología civil. El mismo dinero, aplicado al estímulo de las industrias punta, habría cortado un terreno significativo respecto de sus pares japonesas. En cambio, los costos del esfuerzo militarista de Reagan condujeron, dado el peso presupuestal que supusieron tanto a nivel de los gobiernos estatales como del federal, a una reducción en la inversión en educación. En tales condiciones, si el gobierno

norteamericano no hace un esfuerzo considerable para revitalizar y mantener su capacidad universitaria y su infraestructura investigativa, no habrá manera de sostener la competencia tecnológica más allá del año 2000.

De los tres países claves con los cuales es necesario llegar a un consenso, Japón es el que presenta condiciones más favorables, dados los mutuos y obvios intereses que están en juego. Sin embargo, paradójicamente, es con el que menos esperanzas de lograrlo se tienen, probablemente a causa de (más que a despecho de) la distancia cultural.

China, por su parte, es otra cosa. La China moderna —que aglutina un quinto de la población del mundo— ha sido humillada y sus dos grandes ofensores han sido, en orden de importancia, Japón y Estados Unidos, respectivamente. China, por supuesto, no olvida. Su resurgimiento ha sido producto del trabajo de reunificación nacional adelantado por el Partido Comunista. Este, a diferencia de sus pares en Europa Oriental o Rusia, ha sido la encarnación del nacionalismo chino. A menudo suele decirse que los dirigentes de Beijing esperan que China pueda integrarse más activamente en las corrientes del mercado mundial siempre que ello no suponga ningún cambio político substancial —*perestroika sin glasnost*. Pero semejante suposición es incorrecta. Lo que los dirigentes de Beijing parecen desear es alcanzar todas las ventajas de la producción para el

mercado mundial pero siempre y cuando ello no suponga un desmoronamiento de la unidad nacional (así, por ejemplo, la provincia de Guangdong, la cual decididamente ya se halla interpenetrada al mercado mundial a través de las inversiones de Hong Kong y Japón, al mismo tiempo está mostrando signos de "regionalismo").

Estados Unidos y Japón necesitan a China para su expansión económica en el siglo XXI: no sólo como mercado sino como región productiva y factor de estabilidad política. Como mercado, porque la clave de la expansión económica global descansa en la expansión de la demanda efectiva, y, en más de un sentido, los mercados japonés y norteamericano están llegando a su punto de saturación. China es la alternativa lógica. Igualmente, las dos potencias mencionadas necesitan a China como región productiva pues los índices de los costos de producción han llegado a ser demasiado altos incluso entre los *cuatro Dragones* y en el sudeste asiático. Mientras, los índices chinos no alcanzarán esos niveles en los próximos veinte o treinta años. Finalmente, la necesitan como factor de estabilidad política, pues cualquier expansión descansa sobre el hecho de que haya estabilidad en las zonas de mayor productividad y mayor dinamismo mercantil, y una China inestable generaría estragos a lo largo del margen del Pacífico. Si China no es tomada en cuenta a la hora de delinear las previsiones estratégicas

para la región, la zona tendría serias dificultades para competir con Europa Occidental. Pues puede que la Unión Europea atraviese por una coyuntura llena de irregularidades y baches, pero nada indica que esa situación no pase a ser sólo un recuerdo en los próximos años.

China desea avanzar sola, pero su liderazgo tiene un precio y depende de una garantía real: la unidad nacional. Con ella su reconocimiento mundial como potencia global llegará inevitablemente. China es muy orgullosa y desea sentirse efectivamente respetada; de ahí que deba abrírsele un espacio en los centros de decisión global, dejado de tratarla, de una vez por todas, como mero foco potencial y amenazante de proliferación nuclear. China desea estar a la altura de Occidente y no a la del Sur.

En cuanto a Francia, hay que decir que no ha habido una relación de amor y odio más característica que la que ella ha sostenido con Estados Unidos. En 1992, por ejemplo, encararon un duro enfrentamiento. Los gremios de agricultores son extremadamente fuertes en los dos países al punto de colocarlos al borde de la guerra comercial.

Sin embargo, la cuestión clave en la mutua relación no es el tema de los subsidios agrícolas. Ese es un asunto enconoso, evidentemente, pero no al punto de no poder llegar a ser objeto de acuerdos. La cuestión clave entre Francia y Estados Unidos es el problema militar europeo.

Estados Unidos ha sido esencialmente ambivalente en torno a la unidad europea. En los años 50 y 60 apoyó, con gran entusiasmo, todos los pasos dados hacia la unidad pues la veía como un frente político contra la Unión Soviética. Igualmente, con ella la potencia norteamericana esperaba evitar el renacimiento del proteccionismo económico intraeuropeo, el cual habría afectado sus exportaciones. Finalmente, Estados Unidos respaldó activamente la reconciliación franco-alemana entendiendo que ese paso era una precondición política para el rearme alemán occidental y esperando que los alemanes contribuyeran a morigerar la inconformidad francesa con el liderazgo norteamericano. Dicha política resultó ser exitosa.

En los años 70 y 80, sin embargo, Estados Unidos comenzó a abrigar ciertos temores derivados de la percepción de que la Comunidad Europea empezó a perfilarse como un fuerte competidor. De hecho, aunque nadie en Europa tuviera la intención de reconocerlo —y menos entre los políticos más atlantistas— para finales de los años 80 la construcción de la unidad europea comenzó a hacerse contra Estados Unidos. Consciente de esto, Estados Unidos también se encaminó en la dirección del

antagonismo. De esa forma, hubo exultación en Washington cuando los daneses dieron el “no” inicial al Tratado de Maastricht. Y Margaret Thatcher siempre ha tenido poderosos aliados —si no incitadores— en Estados Unidos.

La cuestión clave ha sido la OTAN, cuya existencia, una vez desaparecida la guerra fría, no resulta del todo clara. Resulta eso sí bastante obvio que, sea lo que sea que se haga en torno a la antigua Yugoslavia o lo que se haya hecho en el caso de Kuwait, no ha dependido en absoluto de la existencia de la OTAN. Difuminada la amenaza soviética, el verdadero interés de Estados Unidos en dicha organización descansa en evitar que Francia y Alemania consoliden la creación de un Ejército Europeo*. Sin embargo dicha política carece de sentido y no puede llegar a tener éxito. Por el contrario, Estados Unidos debería abandonar ese obstruccionismo y alentar el debilitamiento de la OTAN.

Estados Unidos tiene mucho que ganar en el evento de una genuina unificación europea. En primer lugar, en el contexto de un mundo multipolar dicha potencia no puede esperar resolver todas las disputas ni intervenir en todas partes. En tales condiciones, dado

el resquebrajamiento de su anteriormente monolítica hegemonía, ¿no sería una buena idea dejar a un lado la prepotencia? En segundo término, al mismo tiempo que se hiciera abandono, por parte de Estados Unidos de la política de obstruccionismo en Europa dicha potencia tendría que dar muestras de que está lista para tratar a Europa como su igual. Y para tales efectos la clave es Francia. Si ella y Estados Unidos pueden volver a su histórica relación de pares, el resto de Europa aplaudiría y seguiría adelante. Estados Unidos tendrá ya bastantes dificultades para enfrentar la rivalidad económica con Europa en las próximas décadas, como para agregarle a eso la carga de resentimiento que se incubó a partir del trato de menor de edad que le dio durante las etapas cumbres de su hegemonía global.

Para que Estados Unidos llegue a una concertación con Japón, Francia y China, debe llegar primero a un entendimiento interno vía la reorganización de lo que ya

no está más a la altura de sus capacidades. Por supuesto, una nueva postura de política internacional que se base en un autoanálisis realista no resolverá todos los problemas que el país tiene a nivel global. Y menos el mayor conflicto de todos aquellos cuya solución ha sido aplazada: la polarización económica y demográfica en crescendo entre el Norte y el Sur, la cual ha sido manejada hasta hoy con los engañosos marbetes de apertura de mercados, no proliferación nuclear y derechos humanos. Pero esa es otra historia. Como mínimo, una vez Estados Unidos reconozca que su poder se ha reducido desde la base, puede volver a manejar una retórica fuerte —aunque no relacionada ni con el repliegue ni con la fanfarronería— y podría, por consiguiente, volver a ganarse el respeto y el respaldo de otros países. Ese sería un gran avance en la restauración de la dignidad norteamericana, algo de lo que se ha carecido por más de dos décadas. ☉

*/ N.del E.: al presente ya existe un “embrión” de dicha fuerza armada, conformado por Francia, Alemania, Bélgica y, últimamente, España, la cual anunció su vinculación a finales de noviembre de 1993.